BIBLIOTECA

Un cervantista liberal, progresista y masón

JUNIO 1, 2021

Joaquín González Cuenca
La seducción de Urganda. Vida y escritos de Nicolás Díaz de Benjumea (Sevilla, 1828 – Barcelona, 1884)
Universidad de Córdoba / Universidad de Sevilla, Sevilla, 2020
1266 páginas, 49.00 €

POR *MANUEL ALBERCA*

¿Tiene sentido emplear quince años de vida en seguir los pasos de un autor del siglo xix desconocido o conocido solo de los cervantistas? ¿Está justificado escribir una biografía de más de 1200 páginas, dedicada a Nicolás Díaz de Benjumea, cuyo mayor y discutido aporte literario es su

Cuenca, bastaría con señalar que se trata de una biografía *ex novo,* de nueva planta, por así decirlo, para la cual el autor ha realizado un riguroso y minucioso trabajo de investigación sobre la vida y obra del personaje biografiado. Hasta ahora solo conocíamos el esbozo biográfico que hizo Mario Méndez Bejarano en su *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia* (1922-1925) y el artículo que incluye la *Enciclopedia Espasa.* En consecuencia, el trabajo que reseño supone una aportación trascendental para sacar a Benjumea del desconocimiento biográfico en que se encontraba.

Nicolás Díaz de Benjumea nació en Sevilla en 1828. Perteneciente a una familia burguesa de empresarios comerciantes que mantenían negocios en Inglaterra, cursó Derecho y Jurisprudencia en la Universidad de Sevilla, estudios que terminó en 1849. Como era habitual y previsible intentaría la conquista de Madrid, y en 1851 ingresó en el Colegio de Abogados de la ciudad, donde permanecería hasta 1853, sin, al parecer, haber intervenido en ningún pleito. Esos dos años en Madrid, perdidos profesionalmente, le permitieron continuar las inclinaciones políticas y literarias que había comenzado en sus años juveniles en su ciudad natal. A resulta de la muerte del padre, Benjumea se tuvo que desplazar a Londres en 1853 para hacerse cargo de la representación de la firma Benjumea Hermanos, convirtiéndose desde entonces la capital inglesa en su lugar de residencia habitual y los negocios en su ocupación preferente, que, no obstante, simultaneará con la escritura y el periodismo. Supo convertir la necesidad en virtud, de manera que si bien Londres fue un destino obligado por las circunstancias familiares y profesionales, le sacaría mucho partido hasta convertirlo en una atalaya privilegiada desde donde contemplar con distanciamiento e imparcialidad el complicado y conflictivo panorama político español de aquella época de mediados de siglo. La de Benjumea es, sin llegar a la polaridad de su paisano Blanco White, una vida realmente singular que, como la del sacerdote sevillano y converso anglicano, se va a desarrollar en continuo vaivén entre España e Inglaterra, con viajes por Europa: Rusia, Francia, Suiza. La suya es la vida de un liberal progresista atento a las novedades e ideas que se producían en las grandes naciones del continente, que él trataría de difundir en sus distintos proyectos periodísticos. Un día antes de cumplir 56 años, el 8 de marzo de 1884, murió en Barcelona, en donde se había instalado al comienzo de la década de los años ochenta.

El biógrafo ha buscado en archivos y hemerotecas durante más de tres lustros, ha hecho las veces de editor de una obra poco conocida y dispersa en publicaciones de distinto tipo (libros, periódicos, revistas, hojas sueltas, folletos, etcétera), guiado solo por la pasión y la curiosidad de

menor. Pero nos lo muestra con tanto relieve y matices que lo convierte no en un gran escritor sino en una magnífica atalaya individual desde la que conocer mejor y de forma precisa la vida literaria, política y periodística decimonónicas.

La faceta más conocida del escritor es la de comentarista del *Quijote*. Se propuso reconstruir el mundo del autor de la novela universal para mejor conocer sus fundamentos ideológicos, si bien sobre este particular, como se encarga de desmontar con rigor el biógrafo, pesaba la descalificativa valoración de crítico «esotérico» de la obra cervantina, con que lo había tachado Juan Valera. La apreciación del escritor de Cabra, aunque injusta, hizo fortuna y lo acompañaría durante su vida y aún después. A esta cuestión y a la polémica que mantuvieron Valera y Benjumea había dedicado un enjundioso trabajo el biógrafo, con el título de «¿Sabios o topos?», que serviría de prólogo a su edición de este debate (Visor, 2006).

De cualquier modo, la presencia de Cervantes y del *Quijote* es central en la configuración humana, ideológica y política de Benjumea. En buena parte de sus escritos, ya sean periodísticos, literarios o políticos, resuenan ecos cervantistas. En este sentido, y por la importancia que tiene el autor y la novela en el sevillano, tal vez merezca la pena detenerse en aclarar el título que González Cuenca ha dado a su trabajo biográfico, directamente entroncado con el cervantismo de Benjumea. Este habría leído el *Quijote* en profundidad buscando desentrañar el sentido secreto que, a su juicio, encerraría la obra de Cervantes. La Urganda del título es la maga protectora del caballero Amadís de Gaula, que Cervantes hace aparecer en las décimas introductorias de la primera parte de su novela (1605) a manera de aviso a los lectores para que no caigan seducidos por las malas artes de la maga. Por lo tanto, el lector del *Quijote,* según el propio Cervantes, debería ser cauteloso si pretende descubrir el sentido escondido del libro.

En opinión del biógrafo, Benjumea no habría atendido al aviso y, seducido por Urganda, caería, a veces, en interpretaciones erróneas y, en otras, claramente desvariadas y elucubrantes. El deseo de ir más lejos del texto, en busca de la esencia secreta del libro, les parecería un craso error a los cervantistas coetáneos. Su biógrafo es más comprensivo que estos y, posteriormente, en el siglo XX, los mejores estudiosos de la novela cervantina han venido a demostrar que, más o menos cifrado, el mensaje del libro tiene un alcance humano universal que desbanca la mera interpretación cómico-humorística que había predominado en los siglos precedentes.

En su análisis, González Cuenca rompe una lanza en defensa de su personaje y, contra la opinión generalizada, la de Benjumea no sería una lectura «esotérica» del *Quijote* sino un tributo a la imaginación de Cervantes, pues el sevillano, desde su liberalismo progresista, quiso ver en la novela un símbolo de los males de una nación, lastrada por un retrógrado pensamiento premoderno y por la nefasta influencia inquisitorial, y un arma política provista de los remedios urgentes que era preciso aplicarle.

El periodismo fue la actividad intelectual central en la vida del biografiado y la prensa, el cauce en el que dio a conocer sus escritos e ideas de forma habitual. La obra periodística de Benjumea es inconmensurable y difícilmente accesible. El trabajo del biógrafo resulta impresionante, pues ha leído y estudiado prácticamente todo lo que el sevillano logró escribir en la prensa de la época. Creó periódicos como *Cádiz* y revistas como *La Ilustración de la Mujer,* en donde desplegaría su pensamiento protofeminista, destacándose como un decidido y pionero defensor de los derechos de las mujeres. Sus prolongados periodos de residencia en Inglaterra lo convirtieron en un buen conocedor de la cultura inglesa, constituyéndose sus artículos y reportajes en *El Museo Universal* en un puente de comparación entre ambos países y en un estímulo modernizador para sus lectores. Desde Londres contempla con objetiva admiración el país que lo acoge, considerándolo un modelo y estímulo para el progreso de la vida española.

A falta de documentación biográfica o de testimonios directos de determinados periodos de la vida de Benjumea, el biógrafo ha utilizado la obra periodística como documentación auto/biográfica, sin ignorar el peligro interpretativo que corría y los errores en que podía incurrir al concederle valor confesional a la voz periodística que habla en los artículos de prensa. Entre las desgracias documentales, el biógrafo lamenta la pérdida del que fuera su archivo personal, que se produciría a la muerte de Benjumea en Barcelona. Por el contrario, se felicita del valor testimonial y de la excepción que constituye el epistolario que mantuvo con su amigo Narciso Campillo, que provee al biógrafo de una importante información íntima y privada del personaje biografiado. Sin embargo, las carencias documentales no han impedido al biógrafo dibujar con precisión la figura humana, intelectual y política del biografiado, al que considera, además de un cervantista apasionado, como ya se ha dicho, un hombre comprometido con la tarea modernizadora de España.

Según avanza en la biografía, al lector le va quedando claro que el

absoluto con su verdadera personalidad. Benjumea fue un liberal progresista, masón, empresario profesional y activo militante del Partido Demócrata, con el que no coincidía en todos sus principios, en particular disentía con respecto al régimen republicano que el partido auspiciaba para España. En relación con esto, Benjumea mantiene la defensa de la «monarquía constitucional», que considera idónea para España y defiende con argumentos que pareciera que hubieran reciclado nuestros políticos más responsables en la transición. Para Benjumea, en pleno fragor revolucionario septembrino, la forma del régimen monárquico que él defiende sería la más adecuada para el «ingenio político de la nación española», pues evitaría los dos extremos ideológicos más fanáticos del momento: los republicanos, a quienes repugna la monarquía de forma visceral, y los carlistas, a los que no les gusta la constitución democrática. Para Benjumea, no hay dudas: la presencia de un rey refuerza la unidad territorial del país, ya en aquellos años amenazada por los cantonalistas y los incipientes nacionalismos periféricos, y asegura la igualdad entre las distintas regiones. Un rey, dirá Benjumea, con poderes limitados y vigilados por la Constitución, de acuerdo con la cual debería regir los destinos de la nación, sería el régimen más adecuado. ¡Parece un alegato constitucionalista de hoy mismo!

González Cuenca concluye que su personaje fue «un intelectual honrado, laborioso, inteligente, culto y enamorado del progreso». Su dedicación apasionada a Cervantes y el *Quijote* le hizo desbarrar en ocasiones, abducido por la seductora Urganda y preso de sus propias obsesiones, pero no le impidió dejar unos comentarios llenos de agudeza y originalidad sobre el significado de la magna obra cervantina. Como periodista, su conocimiento de Europa le permitió liberarse de los horizontes provincianos, que los colegas españoles eran incapaces de superar, para contemplar con mirada europea los problemas de la nación española. Enlazaría esta actividad con su papel de escritor político y de servidor desinteresado al Partido Demócrata, con un idealismo y una generosidad que lo definen.

LIKE TWEET

Etiquetas

#BIBLIOTECA #JOAQUÍN GONZÁLEZ CUENCA #MANUEL ALBERCA